
LA APORTACIÓN A LA PSICOLOGÍA SOCIAL DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO: UNA REVISIÓN HISTÓRICA

THE CONTRIBUTION TO SOCIAL PSYCHOLOGY OF SYMBOLIC INTERACTIONISM: A HISTORICAL REVIEW

XAVIER PONS DIEZ

*Doctor en Psicología y Máster en Psicología
Comunitaria por la Universitat de València.*

*Profesor del Departamento de Psicología
Social de la Universitat de València*

e-mail: Xavier.Pons@uv.es

RESUMEN

En este artículo se presenta una revisión de los principales fundamentos teóricos y metodológicos que caracterizan al interaccionismo simbólico y que son relevantes para la psicología social. Esta corriente se desarrolla a partir de las ideas de George Herbert Mead, en las primeras décadas del siglo XX, así como de la obra posterior de Herbert Blumer. El interaccionismo simbólico concibe la sociedad como un marco de interacción simbólica entre individuos, y al ser humano como un constructor activo de significados organizados en torno a los procesos compartidos de interacción. En este artículo se presenta también una revisión de las principales ideas de otras corrientes afines al interaccionismo simbólico, como la fenomenología social, la etnometodología, la etogenia y el construccionismo social.

ABSTRACT

This paper presents a review of major theoretical and methodological foundations that characterize symbolic interactionism and that are relevant to social psychology. This perspective was developed from George Herbert Mead, in the first decades of the twentieth century and the later contribution of Herbert Blumer. The symbolic interactionism sees society as a framework of symbolic interaction between individuals, and the human is seen as an active constructor of meanings organized around shared processes of interaction. This paper also presents a review of the main ideas of other theories related to symbolic interactionism, such as social phenomenology, ethnomethodology, ethogeny and social constructionism.

PALABRAS CLAVE

Historia de la Psicología Social, Interaccionismo Simbólico, Psicología Social.

KEY WORDS

History of Social Psychology, Symbolic Interactionism, Social Psychology.

INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES

Muchos historiadores de la psicología social, como Álvaro y Garrido (2007), Collier, Minton y Reynolds (1996), Ibáñez (2003) o Munné (1989), consideran al interaccionismo simbólico como la corriente más influyente para la psicología social de tradición sociológica, aquella que se interesa, preferentemente, por la naturaleza de los grupos y de los fenómenos colectivos, el impacto recíproco entre individuo y sociedad, la dimensión simbólica de la interacción social y la misma interacción como sistema supraindividual. Sin embargo, el interaccionismo simbólico ha tenido muy poca presencia en los manuales de psicología social y en las aulas de psicología, los cuales, arrastrados por la vocación intrapsíquica de la psicología cognitivista imperante, suelen verse mermados de contenidos enriquecedores provenientes de otras corrientes teóricas. El interaccionismo simbólico, no obstante, presenta una estimulante propuesta para la comprensión del ser humano, entendiéndolo como miembro activo de una comunidad social de interpretación de símbolos.

El término «interaccionismo simbólico» fue acuñado en 1937 por Herbert Blumer, quien establece la premisa básica de esta conceptualización: Si la conducta de las personas se halla vinculada al significado que tengan las cosas, lo que signifiquen las cosas para el sujeto va a depender de su interacción social con otros actores de su entorno y, en definitiva, de los significados aprendidos en su experiencia social interactiva (Blumer, 1937).

Para el interaccionismo simbólico la capacidad simbólica del ser humano es uno de los grandes logros filogenéticos. Por medio del manejo interno de símbolos, las personas llegan a definir conductas y situaciones, atribuyéndoles significados. El individuo, por tanto, no es considerado como un mero receptor pasivo de estímulos, ni tampoco un procesador mecánico desvinculado de significados colectivos, al contrario, es visto como un constructor activo de significados, organizados éstos de manera dinámica en torno a procesos compartidos de interacción (Gil-Lacruz, 2007). La sociedad, por su parte, es un tejido de interacción simbólica que crea a la persona, y la persona, a través de la interacción, crea la sociedad (Sabucedo, D'Adamo y García-Beaudoux, 1997). La relación entre la psique y la sociedad es contemplada como algo que va más allá de dos realidades vinculadas

entre sí por meras relaciones de influencia recíproca, pues ambas constituyen un todo inextricablemente entrelazado: la dimensión social no corre paralelamente a la dimensión psicológica, sino que es constitutiva de ésta (Ibáñez, 2003). La sociedad son los individuos y, además, está dentro de cada uno de ellos.

Pueden encontrarse dos influencias antecedentes del interaccionismo simbólico: por un lado, la idea de John Dewey acerca del pensamiento como instrumento de adaptación y producto de la interacción; por otro, la obra de George Herbert Mead con su noción de emergencia del yo a partir del orden social y en el marco del simbolismo usado para la comunicación interpersonal. Estas dos influencias serán repasadas en los párrafos siguientes.

La psicología funcionalista se inicia a finales del siglo XIX con la obra de John Dewey (Sahakian, 1982). Desde la perspectiva de Dewey, el pensamiento es una función mediadora e instrumental que ha evolucionado para servir a los intereses de la supervivencia de los humanos (Westbrook, 1993). Sin embargo, como explican Collier *et alii* (1996), Dewey no considera el pensamiento una «propiedad privada» sino que pertenece a la interacción: aunque sean individuos particulares los que producen el pensamiento, éste tiene una base social sostenida en convenciones y creencias, por lo que no sería adecuado concebir la mente como algo esencial y exclusivamente individual.

Según Dewey, el carácter inacabado del mundo genera entre las personas un estado de incertidumbre, del cual emerge el pensamiento. La actividad concreta que origina el pensamiento y el carácter inconcluso del mundo convierten cada experiencia en singular, lo que hace que todo conocimiento sea provisional. El lenguaje es lo que posibilita el examen de la acción y la posibilidad de imaginar diferentes posibilidades alternativas, pero tampoco es algo personal o privado sino que está en relación con los otros. La comunicación es clave para entender el pensamiento, ya que éste se expresa desde el habla y es la comunicación la que permite la interacción. La interacción es el proceso fundamental que permite comprender la conciencia. El hecho de que cada persona nazca en una sociedad ya constituida con costumbres, tradiciones, convenciones, lengua, instituciones,... configura su subjetividad, lo cual posibilitará la intersubjetividad, es decir, el desarrollo del pensamiento de cada individuo dentro de las diferentes interacciones sociales. Dewey defiende que los fenómenos complejos no pueden descomponerse en elementos simples, sino que es necesario comprenderlos en su complejidad, conformando un sistema coordinado de acción en el que intervienen cada uno de esos elementos.

El trabajo de George Herbert Mead, en las primeras décadas del siglo XX, supone el comienzo de la orientación teórica del interaccionismo simbólico,

término que él no acuñó, aunque es considerado su padre intelectual. En síntesis, el pensamiento de Mead afirma que la persona emerge de la interacción social a través, fundamentalmente, del lenguaje y en la forma de interacción simbólica. Mead (1934/1993) explica detalladamente el desarrollo del *self* y recalca –como ya lo había hecho Charles Cooley a principios del siglo– que la autoestima y la noción de uno mismo se originan, se mantienen y se modifican a través de la interacción social. Para Mead, la interacción social está mediada por símbolos con significado; los símbolos presentes en la interacción permiten al individuo recibir información sobre sí mismo a partir de los otros y, lo que es más importante, anticipar cómo reaccionarán los demás ante su conducta, todo ello mediante un proceso de comprensión de los roles sociales o *role-taking*: si el otro puede ser identificado como padre, profesor, amigo, comerciante,..., las normas sociales sobre cómo debería comportarse cada uno de ellos permiten predecir con éxito de qué manera se van a comportar, además de favorecer en uno mismo la adquisición de los roles. En efecto, el aprendizaje de la conducta apropiada a cada rol supone una interiorización de la sociedad dentro del individuo. Éste puede, entonces, desplazarse fuera de sí mismo y evaluar sus características y su conducta. Por ejemplo, un niño puede decir de sí mismo: soy un buen/mal alumno, un buen/mal compañero, un buen/mal hijo,...

La esencia de la comunicación humana, afirma Mead (1934/1993), es la capacidad de la persona para anticipar las repuestas que cada acto suyo provocará en los demás. Esto implica que, para poder comunicarse, la persona ha de conocer qué significan para los demás los símbolos que uno utiliza o, en otras palabras, ser capaz de asumir el rol del otro. Surge, así, el concepto del «otro significativo», representado por aquellas personas que ocupan roles relevantes en la vida de una persona –padres, educadores, grupo de iguales,...–. Éste será un elemento clave en el proceso de socialización, pues facilitará el aprendizaje de roles y de la noción de uno mismo, al generalizarse los puntos de vista del «otro significativo» al conjunto de la sociedad –al «otro generalizado»–.

CARACTERIZACIÓN DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO

La perspectiva del interaccionismo simbólico tiene una rica historia, posterior a los trabajos de Herbert Blumer y de George Herbert Mead, desarrollada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y hasta nuestros días. El interaccionismo simbólico representa una familia diversa de teorías con puntos en común, pero también con particularidades (Klein y White, 1996). No obstante, al margen de

similitudes y diferencias –que, sin duda, existen y analizaremos en párrafos posteriores–, es discursivamente útil considerar esta perspectiva como una misma orientación de pensamiento por las siguientes razones: tiene un comienzo intelectual e histórico común, recoge una serie de ideas características sobre el hombre y la sociedad y presenta un conjunto de proposiciones teóricas basadas en esas ideas.

Partiendo de las revisiones que realizan Ibáñez (2003) y Musitu (1996), así como de los trabajos de autores de esta orientación como Blumer (1937), Rose (1962) o Stryker (1964, 1980), resumiremos los supuestos básicos del interaccionismo simbólico:

- Los seres humanos viven en un ambiente simbólico, así como lo hacen en un ambiente físico, y adquieren mediante procesos sensoriales conjuntos complejos de símbolos. La diferencia de los seres humanos con respecto a otras formas de vida radica en que los humanos tienen la habilidad de aprender, recordar y comunicar simbólicamente. Los símbolos aprendidos son abstracciones mentales con significado, tales como palabras, ideas o actos. La mayoría de estos símbolos son adquiridos mediante el aprendizaje de qué significan para los demás; de este modo, los símbolos acaban por significar lo mismo para quien los aprende. Estos símbolos y los significados y valores a los que se refieren no se dan solamente en fragmentos aislados, sino también en agrupaciones simbólicas que pueden ser amplias y complejas.
- Aprender qué es un símbolo, es solamente uno de los procesos que ocurren en la mente humana; otro proceso es aprender a evaluar diferencialmente los símbolos. Los juicios de valor son definiciones aprendidas de atracción o rechazo hacia algo, o bien, creencias sobre el valor e importancia de diferentes fenómenos. Estos procesos mentales, como el contenido de los símbolos, se aprenden de aquellos individuos con quienes interactuamos. La capacidad que los seres humanos tienen de aprender símbolos nuevos y de evaluarlos es casi infinita.
- Los seres humanos deciden lo que hacer y lo que no a partir de los símbolos que han aprendido en interacción con otros y de sus creencias sobre la importancia de estos significados. A partir de aquí empezamos a diferenciar esta perspectiva teórica de otras: para el interaccionismo simbólico el comportamiento está asociado al significado de las ideas en la mente, pero este significado es compartido, en esencia, con las otras personas con las que se interactúa.

- Los seres humanos, a diferencia de otras formas de vida, son capaces de pensar de manera suficientemente compleja como para distinguir entre una variedad de objetos. Las personas son reflexivas y en su introspección crean, gradualmente, una definición del *self*. El *self* es un proceso de concienciación y definición del propio sí mismo y como tal, siempre es cambiante y dinámico.
- Se distinguen diferentes partes en el proceso de percepción del *self*. Una distinción se basa en el *self* físico, referido al cuerpo y a sus múltiples propiedades, y el *self* social, referido a lo que uno es con relación a la sociedad, a subunidades de sociedad y a personas especialmente próximas. Otra distinción es la que se basa en el «yo» y el «mí». El yo se refiere a aquellas partes del sí mismo que son impredecibles, espontáneas y únicas para una persona. El mí incluye los roles sociales que corresponde desempeñar y es la parte del *self* que los otros conocen de uno mismo y, además, la parte en la que se basarán para aprender o descubrir su propio conocimiento de la realidad. El hecho de que el mí se aprenda en interacción con otros significa que está determinado por las relaciones sociales. Sin embargo, el yo y el mí, no son simples objetos estáticos del *self*, sino parte de un proceso fluido y cambiante, que no es simple, ni va en un solo sentido, ni nunca llega a ser completo. El interaccionismo simbólico, pues, incluye un cierto determinismo social, pero supone también que parte del comportamiento humano es de carácter indeterminado.
- El hombre es tanto actor como reactor. El ser humano no se limita simplemente a responder a estímulos del ambiente externo, sino que tal ambiente externo es un argumento seleccionado del mundo real y la selección tiene lugar a partir de los intereses conductuales que el propio ser humano indica. Así pues, lo que es ambiente y lo que sirve como estímulo no siempre será lo mismo, sino que dependerá de la actividad en la que se compromete el organismo humano en cada momento: Lo exterior se convertirá en estímulo cuando sirve para asociar impulsos con satisfacciones. Además, los seres humanos no responden al ambiente tal y como es físicamente, sino tal y como se percibe a través de procesos simbólicos. Dado esto y dado que el hombre es capaz de producir sus propios símbolos, puede convertirse en autoestimulante, es decir, puede responder a sus propias producciones internas simbólicas.
- El niño no es ni bueno ni malo por naturaleza. Los seres humanos tienen un potencial enorme cuando inician su vida, estando su naturaleza

determinada por lo que encuentran y por sus reacciones a lo que encuentran en su discurrir vital, pero no por una predisposición a actuar de cierta manera. Así pues, el niño comienza siendo asocial hasta que se convierte plenamente en un ser social.

- La sociedad precede a los individuos. Las sociedades están compuestas de culturas, las cuales están integradas en conjuntos de significados y valores. Las personas no nacen dentro de vacíos sociales, puesto que la sociedad en que viven ya existe antes de su nacimiento. La sociedad no es una serie de *scripts* o reglas que se memorizan, sino un contexto dinámico en el que ocurre el aprendizaje, y en el cual ese aprendizaje podrá responder de muchas maneras ante lo que se encuentra.
- La sociedad y el hombre son lo mismo. Ésta sentencia procede de la obra de George Herbert Mead. Algunas teorías, tales como el psicoanálisis, arguyen que existen tensiones inherentes entre las sociedades y los individuos. Otras, como el conductismo, consideran al individuo como un simple organismo reactor a los hechos externos, o bien, como el cognitivismo, lo consideran una máquina interpretadora desarraigada de sus semejantes. El interaccionismo simbólico, sin embargo, pone de relieve la armonía entre el hombre y la sociedad. Los individuos aprenden una cultura y se convierten así en sociedad. Las personas experimentan tensión cuando encuentran incongruencias y conflictos en su interacción, pero no es una condición de las inclinaciones naturales del individuo ni entrar en conflicto con la sociedad, ni vivir en paralelo a ella.

El cuestionamiento de la metodología de investigación dominante en psicología social ha sido característica de esta orientación teórica, pues se argumenta que fundamentar la producción de conocimiento en el experimento de laboratorio y en el estudio de los procesos intrapsíquicos podría resultar muy útil para el propósito de cierta investigación básica, pero no lo es tanto para atender a gran parte de los problemas sociales (Stryker, 1997). Como afirma Gil-Lacruz (2007) los presupuestos teóricos del interaccionismo simbólico requerían un enfoque metodológico que fuera coherente con su concepción de ser humano. Si la realidad social se construye a través de los significados surgidos de la experiencia de las personas y de la interacción entre ellas, para comprender esa realidad será necesario utilizar una metodología que contemple las propias declaraciones de los actores en la realización de sus actos. La metodología cualitativa de investigación social se presenta como el enfoque metodológico más adecuado para esos propósitos.

El interaccionismo simbólico busca significados en la interacción de los individuos y los grupos, en los símbolos utilizados y en cómo los cambios de símbolos cambian el comportamiento de las personas. Sus métodos de investigación preferentes son cualitativos, extrayendo el significado de símbolos, contenidos y palabras: análisis de contenido, categorizando respuestas; observación participante en los mismos escenarios en que acontecen las interacciones de la vida social; entrevistas, grupos de discusión o análisis documentales, son algunos de los métodos de investigación utilizados. El estudio empírico se dirige a analizar los datos a partir de las propias palabras de los sujetos. Esta forma de abordar la investigación implica un modo de desarrollar conceptos basado en las verbalizaciones de los sujetos, sin partir de catálogos de respuestas a priori e intentando comprender a las personas dentro de su marco de referencia, de ahí que se recojan sus respuestas literales. En la investigación social cualitativa la perspectiva de las personas implicadas tiene un valor fundamental, pues es lo que permitirá una comprensión profunda de aquello investigado (Gil-Lacruz, 2007).

A partir de los años sesenta del siglo XX, fructifican diversos desarrollos surgidos desde las bases teóricas propuestas por Herbert Blumer y George Herbert Mead. Pueden diferenciarse tres ramificaciones en la orientación del interaccionismo simbólico: el acercamiento estructural, el interaccional y el microinteraccionista. Estas tres ramificaciones se caracterizan por la importancia diferencial que otorgan a los diferentes elementos implicados en la interacción simbólica. Cada una de ellas está lo suficientemente bien formulada como para merecer que sean consideradas en sus propias peculiaridades (Álvaro y Garrido, 2007; Klein y White, 1996).

El acercamiento estructural tiene en Sheldon Stryker a su representante más comprometido. Stryker (1964, 1980) enfatiza el papel de la sociedad en la determinación de los roles sociales, proponiendo que las estructuras significantes sociales definen límites, barreras y facilidades para la interacción. La estructura no determina, pero sí impone construcciones: los hombres producen la sociedad, pero lo hacen como actores históricamente situados, no en condiciones en que prime su propia elección. Las estructuras sociales limitan, por sus características, el grado en el que los roles se «construyen», no sólo el grado en el que se «adoptan». Para Stryker los roles sociales no sólo se aprenden y representan por las personas cuando los ocupan dentro de la estructura social, sino que también se modifican por efecto de esa estructura, posibilitando así un puente entre persona y sociedad. Las personas aprenden, mediante la interacción con otras, la manera de clasificar el mundo y la manera en que se espera que se comporten en él.

Desde el acercamiento interaccional, Ralph Turner matiza la idea estructuralista acerca de cómo los roles aprendidos a través de la socialización son transferidos a los actores desde la estructura social, y enfatiza, por su parte, la importancia de la participación de estos actores (Turner, 1970). Si los estructuralistas inciden en la forma en que los seres humanos son construidos por su cultura y su sociedad, el modelo de Turner subraya cómo se crea la cultura y la sociedad por los actores interactuantes. Para Turner el *role-taking* no es sólo una representación de un rol bien definido y dado, sino que supone una elaboración del rol a través de la interacción con los otros y con el contexto: los individuos toman la iniciativa de asumir roles y de comunicar a los otros el rol que están desempeñando. Turner entiende que la estructura social y la cultura ofrecen al individuo un contorno para la conducta, que no está del todo bien definido y que es la persona quien deberá completarlo.

La tercera ramificación a la que nos referiremos es el acercamiento microinteraccionista, cuyo principal representante es Erving Goffman. En el libro con el sugerente título de «La presentación de la persona en la vida cotidiana», Goffman (1959) elabora la metáfora dramática, en alusión a las representaciones teatrales. Pretende examinar la forma en que los individuos se presentan a sí mismos ante los demás en las situaciones ordinarias de la vida, así como el modo en que tratan de controlar la impresión que de ellos se formarán los otros. Si uno de los supuestos del interaccionismo simbólico es que la realidad social se construye simbólicamente en la interacción, Goffman da un paso más y propone que la realidad social se puede manipular y, de hecho, se manipula para presentar una imagen lo más favorable posible de uno mismo: cada persona trata de influir en la definición de la situación que los otros realizarán. Así, toda persona podrá ejercer influencia en esa definición que hacen los demás, expresándose de tal forma que dé a los otros la impresión que pretende. Creada esa impresión, los otros actuarán, aunque voluntariamente, influidos por la imagen que ha querido dar esa persona –y viceversa–.

Es característica de la propuesta microinteraccionista su énfasis en la fluidez y dinámica de los roles. Así, siguiendo con la metáfora teatral, Goffman afirma que existe una realidad entre bastidores y otra realidad en el escenario: los roles son asumidos en función de estar en el escenario o fuera de él. Así, los roles serán eventuales en las interacciones con otros actores y, de esta manera, se organizarán por sistemas de reglas. También importante es la consideración que hace del *self*, entendiendo que éste se va definiendo por el contexto interaccional y por la forma en que la persona enmarca o comprende el contexto y las reglas.

ENFOQUES AFINES AL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO

Nos referiremos a tres enfoques que pueden considerarse afines al interaccionismo simbólico, pues aunque presentan algunas divergencias con él, mantienen también bastantes similitudes en sus postulados. Se trata de la fenomenología social, de la etnometodología y de la etogenia. De la primera de ellas, su principal ponente es Alfred Schütz, discípulo de Edmund Husserl. Entre los años treinta y cincuenta del siglo XX, los desarrollos teóricos de Schütz pretenden aplicar los planteamientos de Husserl a las ciencias sociales.

La fenomenología de Schütz y de Husserl asume que, puesto que las personas construyen sus propios mundos sociales, estos mundos pueden tener una multiplicidad de significados, dependiendo del observador. Ése es el núcleo de la fenomenología: la construcción perceptual de la vida de cada día. El concepto de «mundo vital» se refiere a la experiencia de vida que los sujetos dan por supuesta. Los sujetos asumen que su mundo vital tiene una realidad temporal y física definible, por lo que creen que la realidad está esencialmente configurada por sus experiencias subjetivas cotidianas. Esto significa que los objetos no se pueden considerar como separados de los sujetos que los perciben y que no pueden describirse aparte del significado que estos sujetos adscriben a los objetos (Barber, 2004).

En su obra póstuma «La fenomenología del mundo social» Schütz (1967) establece un estudio objetivo de los significados subjetivos, es decir de los actores. Se preguntará por la estructura mental de la realidad, una realidad que, al estar dada por la experiencia, aparece como evidente para el sujeto. Los presupuestos de la vida cotidiana, según Schütz, están en lo que Husserl llamó «actitud natural», esto es, la actitud originaria y normal de la gente frente al mundo y sus objetos. Se trata de una actitud que da por cierta la existencia del mundo como se percibe, así como el significado de las propias experiencias. Lo crucial de esta actitud es que únicamente la irrupción de un elemento extraño en el conocimiento del sujeto puede hacerle revisar su creencia de que los objetos y los hechos del mundo cotidiano son como le parecen ser.

La intersubjetividad humana se convertirá en el eje vertebral del planteamiento de Schütz. La intersubjetividad implica que lo que aparece como real sale de la interacción, al tiempo que es construido e interpretado por los sujetos participantes. Es decir, «el yo» carece de todo sentido o significado sin «el otro». Como afirman Sabucedo *et alii* (1997), para Schütz la única manera posible de aprehender la realidad es a través de la subjetividad de los individuos, lo que le lleva al concepto de la intersubjetividad o puesta en común de las diferentes subjetividades.

Los significados intersubjetivos se comparten dentro de un conjunto de actores, bien se trate de un grupo social concreto –un grupo cultural, religioso, profesional,...– o de la sociedad en sentido amplio. Estos significados constituyen lo que se mantiene y se comprende comúnmente de la vida de cada día o mundo vital (Schütz, 1967). Los espacios donde son aplicables estos significados compartidos representan marcos de referencia o «regiones de significado» en las cuales las personas pueden operar de manera más restrictiva, ya que en estas regiones existen supuestos compartidos que actúan como restricciones de lo que el sujeto cree y como construcciones de significado que guían y configuran su experiencia.

Un segundo enfoque afín al interaccionismo simbólico es la perspectiva etnometodológica desarrollada por Harold Garfinkel, desde los años sesenta del siglo pasado hasta ya entrado el actual. La etnometodología de Garfinkel recoge argumentos de la fenomenología social de Schütz y del interaccionismo simbólico, proponiendo, sin embargo, un modo peculiar de analizar el comportamiento corriente y común de las personas (Coulon, 1988). La etnometodología constituye una novedad en la forma tradicional de hacer ciencia social. Dos presupuestos avalan este hecho:

- La consideración de que no existe una separación entre la ciencia social y el sentido común. Los hechos sociales, desde esta perspectiva, no existen de forma separada a la práctica cotidiana, lo cual cuestiona el concepto de los hechos sociales como objetos estables que imponen formas de comportamiento social.
- La idea de que las personas operan de forma activa y propositiva, utilizando las formas y procedimientos que les convienen y resultan eficaces en su vida social cotidiana.

Garfinkel (1984) define el objetivo de la etnometodología como la indagación sobre aquellos usos de razonamiento práctico que la gente pone en juego para construir el sentido de la vida social y así poder producir y manejar sus asuntos sociales cotidianos. La etnometodología analiza las actividades corrientes y pretende comprender cómo las personas las hacen razonables y aplicables en la práctica. El propio Garfinkel explica que se trata de sacar a la luz lo socialmente invisible, los supuestos tácitos en los que se basa la interacción cotidiana: las actividades prácticas, las circunstancias prácticas y el razonamiento sociológico práctico de la vida corriente.

Como han afirmado Garfinkel (1984) y Heritage (1990), la problemática básica que afronta la etnometodología gira en torno a tres cuestiones nucleares: la teorización sobre la acción social cotidiana, la naturaleza de la intersubjetividad y

la construcción social del conocimiento. Estos temas son analizados a partir de métodos cualitativos de investigación y de investigación participante, para llegar al entendimiento de las propiedades elementales del razonamiento práctico y la acción cotidiana. La investigación se basa en cuatro conceptos propios de la interacción natural y común: el significado de las expresiones dentro de su contexto –la indexicalidad–, la intersubjetividad de la realidad construida, la reflexividad del ser humano y la propiedad que tiene la realidad social de ser convertida en descripciones –la *accountability*–. Estos cuatro conceptos clave, interrelacionados y mutuamente complementarios, significan tanto herramientas para el investigador como propiedades de la practicidad humana corriente:

- La indexicalidad de las expresiones, no sólo verbales, sino también no verbales y conductuales. La indexicalidad supone que las expresiones adquieren su significado completo dentro de su particular contexto de enunciación. El investigador –así como el interlocutor natural– no puede hallar el sentido de las expresiones sin conocer algo sobre la biografía y propósitos del emisor, el curso previo del discurso, las circunstancias de la expresión o el sentido de la relación interactiva en que acontece. El significado es «local» y no susceptible de generalización fuera del contexto interaccional en el que sirve.
- La intersubjetividad de la realidad construida. Partiendo de que los participantes en la interacción son agentes independientes, se hace necesario insistir en el carácter compartido de la realidad construida. Cada actor cotidiano negocia con los demás los significados que otorgarán a las situaciones.
- La capacidad del actor social para tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento. Esta reflexividad implica una equivalencia entre la descripción y la producción de una situación, pues, en este caso, la situación descrita y el sujeto que la describe son coincidentes. En este sentido, lo que la gente hace es mostrar a los otros –y al investigador– el sentido que tienen sus prácticas concretas, lo cual es incompatible con una noción determinista y predecible del comportamiento humano.
- La *accountability*. Tiene que ver con las explicaciones o enunciados discursivos que utilizan las personas para dar cuenta de sus actividades, con la finalidad de hacerlas descriptibles y racionales. *Accountability* quiere decir descriptible, inteligible, relatable, analizable,... Mediante las descripciones se constituye el orden social, se hace visible el mundo

y el investigador deberá acudir a la comprensión de ellas para poder comprender cómo aparece la realidad social a los ojos de las personas. Toda descripción se convierte en parte constitutiva del hecho que describe.

Aunque la etnometodología ha sido criticada por su subjetivismo y su falta de precisión conceptual, como indica Ibáñez (1990), no es que esta perspectiva recoja descripciones subjetivas de la realidad, sino que se consideran estas descripciones como constitutivas de la misma realidad social.

El tercer enfoque afín al interaccionismo simbólico es la orientación de la etogenia. Ésta suele aparecer asociada a los nombres de Rom Harré y Paul Secord, pues han sido ellos sus principales impulsores, desde los años setenta del siglo XX. Lo que caracteriza a la etogenia es su propuesta de analizar los significados sociales y psicológicos, usando como método de investigación la observación descriptiva en los escenarios naturales de la actividad humana. Harré y Secord (1972) elaboran una crítica dirigida a la psicología social experimentalista, cuestionando la visión mecanicista de la persona que se deriva de la utilización del método experimental por parte la psicología social dominante, así como la pretensión de que la actuación de las personas en la sociedad esté regida por leyes explicativas de carácter universal e infalible. De los presupuestos que guiarán la orientación etogénica sobresalen los siguientes:

- No se puede concebir a los seres humanos como organismos determinados por leyes explicativas universales, sino como agentes guiados por regularidades.
- La conducta social debe ser entendida como acciones mediadas por significados y no como respuestas a estímulos.
- Las acciones pueden ser interpretadas en términos de razones y no de causas.
- La persona es un agente productor de información y no un procesador de la misma.

Como se observa, la propuesta define una forma de hacer psicología social, tanto en su vertiente metodológica como teórica, radicalmente diferente a la instituida. Los principios y objetivos de la orientación etogénica pueden entenderse recurriendo a la muy descriptiva definición que ofrece Harré (1983): la etogenia es el estudio de las vidas humanas tal y como las personas las viven en la realidad, no en el extraño y empobrecido mundo de los laboratorios, sino en la calle, en las

casas, en las tiendas, en los cafés o en las salas de conferencias, lugares donde la gente, verdaderamente, interactúa. Las acciones no son sólo conductas, son actuaciones significativas e intencionadas.

En cuanto a la metodología de la etogenia, el trabajo de investigación se realiza, fundamentalmente, con descripciones basadas en la observación de las conductas en sus lugares naturales. Según Harré y Secord (1972), los datos obtenidos en la investigación experimental resultan de situaciones que han sido manipuladas y, por tanto, no se corresponden con los escenarios naturales de la vida social. Para la etogenia no es posible estudiar las variables de una forma separada, tal como ocurre en el experimento de laboratorio, puesto que las variables presentes en la vida real están del todo relacionadas entre sí y carecen de significado por separado.

DEUDORES DEL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO: KENNETH GERGEN Y EL CONSTRUCCIONISMO SOCIAL

El momento fundacional del socioconstruccionismo o construccionismo social fue la publicación en 1973 del artículo de Kenneth Gergen «La psicología social como historia», donde plantea que los fenómenos estudiados por la psicología social se hallan supeditados a las condiciones históricas y culturales en las que se generan. La interacción humana, plantea Gergen (1973), no puede ser explicada mediante principios universales y estables a través del tiempo, pues las condiciones en que se produce no son ni estables ni generalizables. Argumenta que la psicología social estudia fenómenos y procesos que son fundamentalmente inestables, dada su natural supeditación a las condiciones históricas y culturales, y ello no refleja ningún tipo de deficiencia salvable mediante una mayor nivel de rigurosidad metodológica, sino una característica natural del propio objeto de estudio. Los factores políticos, económicos e institucionales son todos ellos *inputs* necesarios para una comprensión integrada: Concentrarse sólo en lo cognitivo proporciona, en opinión de Gergen, una comprensión distorsionada de la condición humana.

El socioconstruccionismo se interesa por la construcción interindividual de la realidad conocida; según Gergen (1996), el conocimiento que las personas tienen sobre el mundo que les rodea y sobre su cotidianeidad está determinado por la cultura, la historia y el contexto social, ya que este conocimiento es resultado de procesos de interacción dentro de un marco que es histórico y cultural. Es decir, la interpretación de la realidad no es fruto de la actividad mental individual —como propone el cognitivismo— sino de la actividad intermental compartida.

La orientación socioconstruccionista es deudora de los planteamientos del interaccionismo simbólico y de la fenomenología de Alfred Schütz, como lo es también de los trabajos de Peter Berger y Thomas Luckman, quienes explican que la realidad de la vida social común es una construcción intersubjetiva, un «mundo compartido», lo cual presupone la existencia de procesos de interacción y comunicación, mediante los cuales se comparte con los otros y se experimenta a los otros (Berger y Luckman, 1966/1988). También recoge las aportaciones de Hans-Georg Gadamer y su idea sobre la importancia que la historia y la cultura tienen para la comprensión del comportamiento social (Gadamer, 1960/1988).

Siguiendo a Gergen (1997), el construccionismo social puede describirse, de forma genérica, atendiendo a las siguientes características:

- Interés por dilucidar los procesos que las personas utilizan para describir, explicar o responder al mundo en el que viven.
- Adopción, como forma de investigación social, de las descripciones y explicaciones que las personas hacen del mundo que les rodea.
- Posición de escepticismo ante todo lo dado por sabido, tanto en las ciencias como en la vida corriente.
- Consideración del carácter plenamente histórico y cultural de todas las producciones sociales, desde las producciones cotidianas hasta el mismo pensamiento científico.
- Consideración del lenguaje y lo simbólico como conformadores intersubjetivos de realidad.

La importancia que esta orientación otorga al lenguaje queda ilustrada a través de las aportaciones de John Shotter sobre el papel que el lenguaje tiene en la constitución de los objetos y en la construcción de la realidad social cotidiana. Según Shotter (1987), el lenguaje no está compuesto de la acción individual, sino que es una acción conjunta e interactiva. El significado de un término no está ubicado dentro de la mente individual, sino que emerge continuamente del proceso relacional.

Para el socioconstruccionismo, los términos que las personas usan para comprender el mundo son «artefactos sociales», productos de intercambios entre la gente e históricamente situados. El proceso de entender el mundo no es dirigido automáticamente por la naturaleza misma de los objetos, ni elaborado individualmente en una mente aislada, sino que resulta de una empresa activa y cooperativa de personas en relación. Por ejemplo, el significado de las palabras con las que se designa la

realidad variará según la época histórica en que nos encontremos (Gergen, 1996). El construccionismo social se sitúa en una posición antagónica con respecto al cognitivismo, ya que propugna la necesidad de reemplazar la cognición individual por el lenguaje como construcción social, así como trascender el dualismo sujeto-objeto y desarrollar una forma de análisis basada en una alternativa alejada del experimentalismo y del individualismo metodológico y ético.

Esta corriente considera que el carácter socialmente construido de las distintas categorías de la realidad incluye al mismo concepto de ciencia –lo que conocemos como «ciencia» no deja de ser también una construcción social– y a los mismos conceptos de «realidad», «verdad» y «razón» –que también considera construcciones sociales–. En este sentido, Gergen aporta una nueva tarea a la psicología social, la de analizar la ciencia como producto de unas prácticas sociales concretas. El psicólogo social se torna indispensable para analizar críticamente las bases sobre las que descansa el conocimiento social, pero también el conocimiento físico, el natural, el histórico o el económico, puesto que todo conocimiento científico incluye una construcción social de la realidad. En este sentido, la investigación psicosocial puede dilucidar el entendimiento sobre la naturaleza del conocimiento. Precisamente, esta vocación de reubicar razonablemente los límites de la razón se halla presente en la obra de Gergen con un énfasis especial. Cuestiona la idea de un mundo organizado según leyes infalibles y estáticas, cuya existencia sea independiente de su observación. Los conceptos científicos hallados en la investigación no están exentos, según esta crítica, de interpretaciones del científico, así como de valores y criterios culturales que también condicionan la manera de pensar de éste (Gergen, 1973).

Gergen propone el concepto de *enlightenment*, alusivo a que el mismo conocimiento producido por los investigadores sociales, dado que supone una concepción divulgada sobre el significado de un fenómeno social, puede engendrar efectos sobre el mismo fenómeno estudiado. En tanto que el conocimiento producido por la investigación repercute sobre la misma realidad social, Gergen (1982) defiende que es necesaria la elaboración de teorías que permitan la transformación social, teorías que posean la capacidad de cuestionar las asunciones dominantes de la cultura y la sociedad, de plantear cuestiones fundamentales en relación a la vida social contemporánea, de propiciar la reconsideración de aquello que se da por evidente y de generar, de esta forma, nuevas alternativas para la acción social. El construccionismo social apuesta por la capacidad transformadora que posee la teoría social. Por esta razón, se considera la importancia de la dimensión política inherente a la producción de conocimiento, en tanto que éste supone una cierta forma de construir la sociedad.

Desde una perspectiva socioconstruccionista la investigación empírica en la ciencia social no es abandonada, sino que, como señala Gergen (1997), sus metas son revisadas de tal manera que sus resultados puedan estar más directamente relacionados con los problemas reales de la sociedad, provocando diálogos sociales y culturales, desafiando a los conocimientos tradicionales y proporcionando conocimiento relevante para las necesidades de las personas. Aboga por una psicología social que se interese por los significados colectivos de la realidad, determinados por la cultura, la historia y el contexto social. Propone un enfoque que no fije de antemano las fronteras específicas de la disciplina, ni la aleje del tronco común de las ciencias sociales, tratándose de una psicología social estrechamente vinculada a lo cultural y que aúna el trabajo teórico con las prácticas encaminadas al cambio social para la mejora de las condiciones de vida de la población, además de promover el diálogo con otras disciplinas sociales y humanas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvaro, J.L. y Garrido, A. (2007). *Psicología social: Perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: McGraw-Hill.
- Barber, M. (2003). *The participating citizen. A biography of Alfred Schütz*. Nueva York: University Press.
- Berger, P.L. y Luckmann, T. (1988). *La construcción social de la realidad. Un tratado de sociología del conocimiento*. Barcelona: Herder.
- Blumer, H. (1937). Symbolic interaction. En E.P. Schmidt (Ed.), *Man and society*. Nueva York: Prentice Hall.
- Collier, G., Minton, H. y Reynolds, G. (1996). *Escenarios y tendencias de la psicología social*. Madrid: Tecnos.
- Coulon, A. (1988). *La etnometodología*. Madrid: Cátedra.
- Gadamer, H.G. (1988). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Garfinkel, H. (1984). *Studies in ethnomethodology*. Cambridge: Polity Press.
- Gergen, K. (1973). Social psychology as history. *Journal of Personality and Social Psychology*, 26, 309-320.
- Gergen, K. (1982). *Toward transformation in social knowledge*. Nueva York: Springer Verlag.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximación a la construcción social*. Barcelona: Paidós.

- Gergen, K. (1997). Social psychology as social construction: The emerging vision. En C. McGarty y S.A. Haslam (Eds.), *The message of social psychology. Perspectives on mind in society*. Cambridge: Blackwell.
- Gil-Lacruz, M. (2007). *Psicología social: Un compromiso aplicado a la salud*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Goffman, E. (1959). *The presentation of self in everyday life*. Nueva York: Doubleday.
- Harré, R. (1983). Anteproyecto de una nueva ciencia. En N. Armistead (Ed.), *La reconstrucción de la psicología social*. Barcelona: Hora.
- Harré, R. y Secord, P. (1972). *The explanation of social behaviour*. Oxford: Blackwell.
- Heritage, J. (1990). Etnometodología. En A. Giddens y J.C. Turner: *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza.
- Ibáñez, T. (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai.
- Ibáñez, T. (2003). El com i el perquè de la psicologia social. En T. Ibáñez (Ed.), *Introducció a la psicologia social*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- Klein, D.M. y White, J.M. (1996). *Family theories: An introduction*. Londres: Sage.
- Mead, G.H. (1993). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Munné, F. (1989). *Entre el individuo y la sociedad. Marcos y teorías actuales sobre el comportamiento interpersonal*. Barcelona: PPU.
- Musitu, G. (1996). *Manual de psicología de la comunicación*. Valencia: Serrano Villalba.
- Rose, A.M. (1962). *Human behavior and social process: An interactionist approach*. Londres: Rutledge.
- Sabucedo, J.M., D'Adamo, O. y García-Beaudoux, V. (1997). *Fundamentos de psicología social*. Madrid: Siglo XXI.
- Sahakian, W.S. (1982). *History and systems of social psychology*. Washington: Hemisphere.
- Schütz, A. (1967). *The phenomenology of the social world*. Evanston: Northwestern University Press.
- Shotter, J. (1987). The rhetoric of theory in psychology. *Current Issues in Theoretical Psychology*, 15, 283-296.
- Stryker, S. (1964). The interactional and situational approaches. En T.H. Christensen (Ed.), *Handbook of marriage and the family*. Chicago: McNally.

- Stryker, S. (1980). *Symbolic interactionism: A social structural approach*. Menlo Park: Benjamin & Cummings.
- Stryker, S. (1997). In the beginning there is society: Lessons from a sociological social psychology. En C. McGarty y S.A. Haslam (Eds.), *The message of social psychology: Perspectives on mind society*. Cambridge: Blackwell.
- Turner, R.H. (1970). *Family interaction*. Nueva York: Wiley.
- Westbrook, R.B. (1993). John Dewey. *Perspectivas - Revista de Educación Comparada*, 23, 289-305.